

# CUIDADOS, INTIMIDAD Y RELACIONES ENTRE SEXOS IGUALES EN EL SIGLO XXI

Prof. Barry D. Adam

*Departamento de Sociología y Antropología, Universidad de Windsor, Ontario, Canadá  
adam@uwindsor.ca*

**EL TRATAMIENTO SOCIAL DE LAS RELACIONES AFECTIVAS Y SEXUALES ENTRE SEXOS IGUALES HA TOMADO GIROS DRAMÁTICOS EN LOS ÚLTIMOS DOS SIGLOS, PERO ÉSTAS —CONCEBIDAS COMO PECADO, DELITO O ENFERMEDAD Y SOMETIDAS A SUPRESIÓN POR LOS ESTADOS Y LAS ÉLITES SOCIALES— HAN PERSISTIDO A PESAR DE TODO Y EN LA ACTUALIDAD SE DESARROLLAN EN FORMAS SIN PRECEDENTES.**

Con la llegada del siglo XXI las sociedades industriales avanzadas de la Unión Europea, América del Norte y Australia continúan bregando con los problemas de la «situación» de las relaciones entre sexos iguales dentro de la política familiar y los reglamentos. El tratamiento social de las relaciones afectivas y sexuales entre hombres y entre mujeres ha tomado un camino de dramáticos giros y recovecos en los últimos dos siglos. Concebidas indistintamente como pecado, delito o enfermedad y sometidas a supresión por los Estados y las élites sociales, las relaciones entre sexos iguales han persistido a pesar de todo y se desarrollan en la actualidad en formas sin precedentes. Una cantidad significativa de personas en todas estas sociedades —y también con creces en Asia, África y América Latina— se han interrelacionado y movilizado para defender sus relaciones e insisten en ser participantes en los procesos determinantes de su destino, generando contradiscursos que comprometen a los Estados y las instituciones sociales de su entorno.

Arriesgándonos a crear una historia ostensiblemente esencialista, pudiéramos decir que las relaciones entre sexos iguales han existido «siempre» en las tradiciones sociales occidentales (Carpenter, 1982; Anderson y Sutherland, 1963; Boswell, 1994). Las raíces de las tradiciones polí-

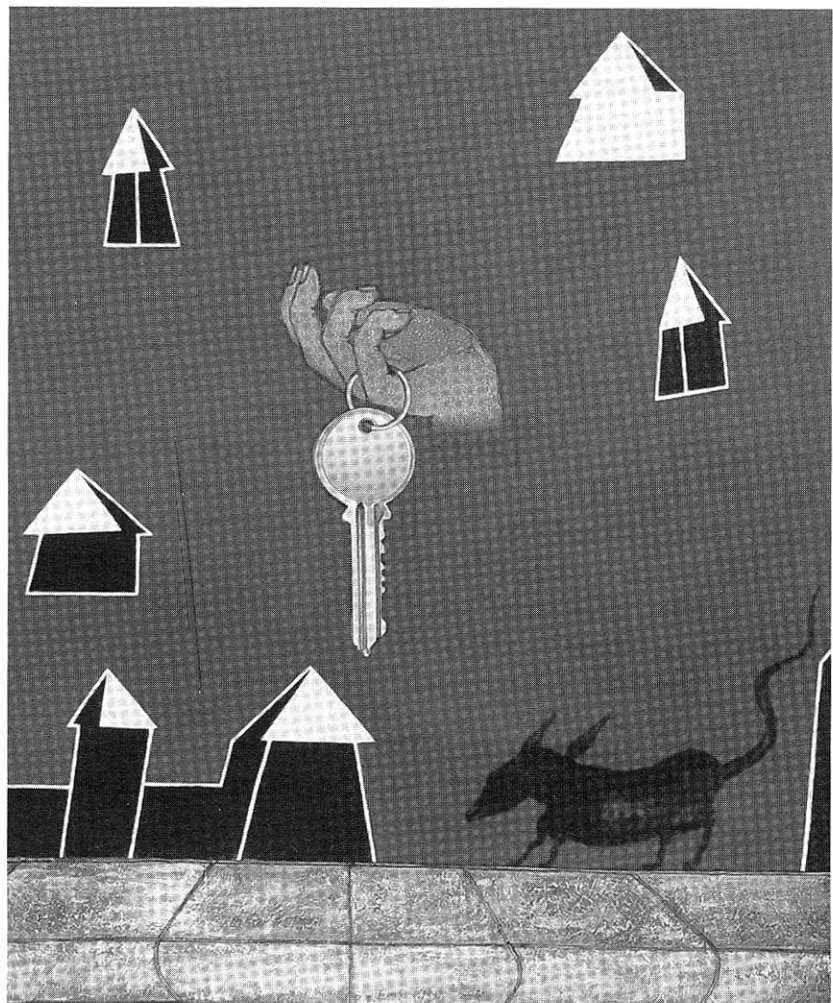
ticas y filosóficas occidentales se encuentran en una sociedad profundamente antidiscriminatoria de las relaciones homosexuales dentro del modelo mentor-acólito (Halperin, 1990; Foucault, 1978). En realidad, la mayoría de los héroes de la mitología de la Grecia antigua tenían amantes masculinos: la fundación de la democracia política se atribuye a una pareja masculina, Harmodio y Aristogitón, que mató al tirano Hipias en 514 A.D.E. Hércules fue adornado con una extensa serie de amantes masculinos y femeninos. El éxito de héroes guerreros como Aquiles se atribuía a la constancia de sus parejas (Patroclo en el caso de Aquiles). Zeus, el más poderoso de todos los dioses, tenía a su lado a Ganimedes. Las «amistades heroicas» entre hombres, alabadas en la mitología y la literatura griegas clásicas, han transmitido al uso contemporáneo el término «mentor» (ahora cuidadosamente desprovisto de atributos sexuales), y la poesía de Safo ha inspirado interpretaciones contemporáneas del lesbianismo. La griega es sólo una de las muchas sociedades del mundo con un fuerte sentido de la rica variedad de las relaciones emocionales, afectivas y eróticas que forman parte de las posibilidades humanas.

Las formas y significado anteriores de los vínculos entre sexos iguales se han perdido con los

modelos predominantes de la «familia» en los siglos XIX y XX; en la actualidad luchamos por reimaginar y reconstruir espacios sociales para «pequeñas» tradiciones no oficiales y sumergidas en las sociedades occidentales que han estado ganando expresión y movilizándose para su inclusión social.

La era cristiana en el Occidente se ha caracterizado a veces por medidas extremas con el fin de aniquilar la «sodomia» y las «amistades especiales» tanto de las sociedades europeas como de las colonizadas por invasores europeos. Sin embargo, la ciencia contemporánea ha comenzado a recuperar las relaciones ocultas que sobrevivieron durante estos siglos a través de los escritos de miembros de las clases letradas, como Miguel Ángel, Montaigne, Francis Bacon, Jaime I y las Damas de Llangollen, así como mediante la documentación del clero acerca de las confesiones realizadas por la población iletrada y más vasta (Murray, 1996). Hoy en día se ha escrito mucho sobre las «amistades románticas» del siglo XIX entre mujeres y entre hombres y sus diferencias respecto a las relaciones de las lesbianas y los *gays* actuales (Faderman, 1981; Rupp, 1999). Lo que une estos ejemplos históricos puede ser menos de lo que los separa si se consideran sus desiguales combinaciones de expectativas y reconocimiento sociales, elementos eróticos y emocionales, modelos de amistad y transitoriedad, y las obligaciones en las relaciones con el sexo opuesto. No obstante, la recuperación de las tradiciones perdidas y las voces ahogadas, suprimidas durante siglos de censura manifiesta y parcialidad heterosexista, proporciona una nueva percepción de la construcción histórica del género, la sexualidad y las relaciones, así como de nuestras ideas provincianas acerca de las relaciones entre sexos iguales en el Occidente contemporáneo. Del documento antropológico dimanan pocas generalizaciones accesibles, pero resulta notable la cantidad de culturas

no occidentales que han hallado un lugar para las relaciones entre sexos iguales dentro de la organización social general de la producción y la reproducción. Lo manifiesto en la evidencia intercultural es que, por lo menos, algunas sociedades indígenas en todos los continentes inhabitados han valorado socialmente las relaciones entre sexos iguales que incluyen un componente sexual en su composición. Estas relaciones se adhirieron a pocos patrones importantes definidos típicamente por la etapa de la vida, el género, la posición y/o el parentesco (Adam, 1985; Greenberg, 1988; Trumbach, 1989; Murray, 2000). Un patrón importante, bien documentado en Norte y Sur América y Polinesia, es el *berdache*, forma con «dos espíritus» o transgénerica. En estas sociedades, las relaciones homosexuales son una parte común de un patrón mayor en el que algunos hombres y mujeres adoptan algunos (o la mayoría) de los roles y símbolos sociales típicos del otro género y participan en relaciones maritales con personas que poseen atributos convencionales de



Si matas a la gran rata, habrás hecho mal (2005)  
Acrílico sobre tela, 73 x 60 cm



género (Jacobs, Thomas y Lang, 1997; Lang, 1998). La literatura de investigación antropológica se refiere a numerosos ejemplos de hombres que se casan en las sociedades aborígenes tanto con mujeres como con hombres transgénéricos o de géneros mezclados. Existen también ejemplos de mujeres que se casan en las sociedades de las Américas con mujeres transgénéricas o de géneros mezclados. En estas relaciones, la parte masculina de género mezclado en parejas del mismo sexo realiza con mucha frecuencia toda la gama de actividades de trabajo y de cuidado infantil típicas de las mujeres en estas sociedades.

Un segundo patrón importante toma la forma de las relaciones jerárquicas, militares, por rango de edades y de mentor-acólito, en las que hombres adultos se vinculan a varones más jóvenes y subordinados (Dover, 1978; Herdt, 1984; Adam, 1985; Halperin, 1990). Ejemplos de este patrón han sido documentados en la Grecia antigua, el Japón medieval, el África precolonial y la

Melanesia. Estas parejas masculinas siguen típicamente las mismas reglas de parentesco de las relaciones heterosexuales.

Un tercer patrón, que a veces se imbrica con los dos primeros, dispone las relaciones homosexuales según las mismas líneas de parentesco de la heterosexualidad. De esta forma, donde miembros determinados del clan se consideran compañeros maritales apropiados —mientras que miembros de otros clanes pueden ser prohibidos como incestuosos—, hombres y mujeres del mismo clan apropiado pueden considerarse compañeros atractivos y aceptables. Existen culturas de Australia y Melanesia en las que, por ejemplo, el hermano de la madre de alguien fue considerado un compañero marital apropiado para muchachas y un mentor adecuado (relación que incluye sexo) para muchachos (Adam, 1985). De manera similar, en algunas sociedades en las que la acumulación de la dote es el requisito previo para atraer a una esposa, en ocasiones las mujeres

con riquezas pueden aprovecharse de este sistema para adquirir esposas (Amadiume, 1980). Los hombres han podido proporcionar un regalo similar a familias de mozos a quienes toman como aprendices, obsequio equivalente al regalo dado a presuntas novias. Semejantes vínculos regidos por el parentesco han sido documentados en algunas sociedades de Australia, África y Amazonia. En modelos de enlace homosexual basados en el parentesco, las relaciones socialmente desaprobadas o «criminales» se refieren a las formadas entre personas de clanes inapropiados, sin tener en cuenta el género.

Estos ejemplos de relaciones entre sexos iguales adquieren vida y significado sólo en contextos socioculturales determinados, por lo que no se adaptan a una categoría aparte transhistórica, sino que muestran las limitaciones de las construcciones convencionales occidentales de la «familia». Las relaciones entre sexos iguales han sido parte integral del sistema de parentesco, las economías

domésticas y la iconografía de muchas sociedades. En las sociedades industriales avanzadas contemporáneas de Occidente, la conceptualización de la relación entre sexos iguales se encuentra notablemente subdesarrollada tanto en el campo intelectual como en el imaginario social. Los actuales estudios históricos apuntan hacia una lenta redelineación de las relaciones entre sexos iguales en las sociedades occidentales en los últimos tres siglos, en los que, por ejemplo, las expresiones públicas de afecto (como el beso) han sido excluidas de las acciones entre sexos iguales y convertidas en monopolio exclusivo de los heterosexuales (Bray, 1982), y las visiones sensuales fuertes de amistad han sido corrompidas por las visiones de «perversión» postfreudianas. Sólo necesito advertir acerca de los contrastantes retratos de amistad masculina en la Inglaterra prebélica en *Brideshead Revisited* (Regreso a Brideshead) de Evelyn Waugh: dos protagonistas centrales de la novela ejemplifican un sentimiento (más rico y antiguo) de romántico afecto entre jóvenes masculinos que ocurre como etapa transitoria de la vida antes del matrimonio, mientras que otras imágenes presentan al (más reciente y temible) homosexual como habitante de un espeluznante bajo mundo.

La pretendida desaparición de las relaciones entre sexos iguales en las leyes y la sociedad civil han limitado a sus adeptos a identidades y culturas de lesbianas, *gays*, bisexuales y transgenéricos (LGBT). En la actualidad nos hallamos en la época del retorno de los reprimidos y de la confrontación inevitable entre regímenes heterosexistas de regulación y la oposición generada por éstos.

### LOS CAMBIOS DE LA POSGUERRA Y EL WELFARE STATE<sup>1</sup>

Hacia inicios del siglo xx se hizo posible la referencia a algunas relaciones pioneras como ejemplo de los rasgos característicos de las actuales parejas *gays* y lésbicas. Entre éstas se encuentran los vínculos quizás icónicos de Gertrude Stein y Alice B. Toklas y de Edward Carpenter y George Merrill. Stein y Toklas participaron del rico ambiente cultural del París de principios del siglo xx y en la extensa red de artistas e intelectuales —muchos de los cuales eran lesbianas y

*gays*— que se reunían en los famosos salones de la época (Wickes, 1976; Hahn, 1979). Carpenter fue un socialista y reformador conocido por su trabajo con la clase trabajadora de Sheffield (Tsuzuki, 1980). Él y Merrill se retiraron finalmente a un refugio rural en Bradway, al sur de Sheffield, en donde su casa devino una meca para pensadores y escritores progresistas. Su relación prolongada y conocida públicamente fue aún más notable dado el estremecimiento sufrido por la sociedad británica a causa del fallo de culpabilidad de Oscar Wilde en 1895, pocos años antes de que Carpenter y Merrill se conocieran.

Lo que convierte estas relaciones en admisiblemente actuales es un conjunto de previos requisitos sociológicos que crean una apertura a relaciones que se libran de las censuras del sistema dominante de parentesco. Muestran un grado de exclusividad y autonomía que funciona como alternativa —en vez de como un simple suplemento— a las instituciones sociales dominantes. Al igual que las relaciones heterosexuales en su entorno, algunas relaciones entre sexos iguales han llegado a poder participar de crecientes ideales de formación voluntaria de pareja, enlace romántico, matrimonio consensual y formación de hogares nuevos y diferentes, ideales fundados en la autonomía económica brindada por el trabajo asalariado o, sobre todo en ejemplos lejanos en el tiempo, por una posición clasista privilegiada. Éstas son oportunidades proporcionadas sobre todo a los hombres, ya que los expedientes de la policía que se extienden hasta el siglo xviii dan fe de hombres que se buscan en parques públicos y que viven juntos en importantes ciudades europeas (Rey, 1982). Quizás no sea sorprendente que, al participar masivamente las mujeres en el trabajo asalariado a principios del siglo xx, también puedan ejercer una nueva libertad para escoger a sus parejas, por lo que la «amistad romántica», antes benigna, se rebautiza como «lesbianismo» por las autoridades conmocionadas a causa de la «nueva mujer» que emerge de las universidades, los salones de baile y las casas de huéspedes de la época (Faderman, 1981).

Las guerras mundiales estimularon más los cambios en el género y la formación de la relación. Las movilizaciones por la guerra reorganizaron

a millones de hombres y a algunas mujeres en lugares con separación de géneros, alejados del hogar y de las relaciones familiares convencionales (Bérubé, 1990). Los afectos camaraderiles de los soldados se han recogido recientemente en un volumen de cartas y poesías (Taylor, 1998).

La reubicación de muchos trabajos femeninos del hogar a la fábrica y la nueva presencia femenina en las calles y por la noche durante las guerras, brindaron también oportunidades para la formación de amistades.

En el primer periodo de posguerra, se llevaron a cabo muchos de los principales programas del *welfare state*. El seguro de empleo, el programa gubernamental de cuidados médicos y las pensiones, entre otros, ayudaron a proporcionar suplementos o alternativas al sostén familiar tradicional. Con la reaparición de las mujeres en el trabajo pagado después de la década del cincuenta, comenzaron a recobrar la autonomía económica y la capacidad de hallar hogares de su propia selección. Entonces, hacia la mitad del siglo XX hubo nuevas oportunidades, conciencia y conexiones interpersonales en formas que incluían los vínculos homosexuales y mejoraron las condiciones para buscar hogares de preferencia.

Sin embargo, los *gays* y las lesbianas nunca fueron beneficiarios «intencionales» del *welfare state*, por lo que la premeditada política estatal acerca de la reconstrucción familiar ejerció un opresivo régimen de represión en las relaciones afectivas no autorizadas.

La conexión sexual entre hombres permaneció sometida a rígidas penas criminales en Europa del norte y las jurisdicciones angloamericanas. (La Europa sometida a la conquista napoleónica y, por ende, a la introducción del Derecho Civil moderno, perdió sus leyes medievales contra la sodomía a inicios del siglo XIX.) La paranoia de la Guerra Fría y la búsqueda de subversivos atraparon en sus redes a «pervertidos sexuales» y legitimaron la persistente represión policial de locales de reunión de *gays* y lesbianas. La destrucción del primer movimiento de *gays* y lesbianas por el nazismo dejó campo libre a la hegemonía de la patologización médico-psiquiátrica de los *gays* y lesbianas durante la posguerra.

En las primeras dos décadas de la posguerra mejoraron las condiciones sociales para las relacio-

nes entre sexos iguales, pero la realización de estas relaciones se sometieron a la vigilancia panóptica de toda una gama de aparatos estatales represivos (Adam, 1995).

No obstante, el último cuarto del siglo XX presencié otro realineamiento de las fuerzas sociales. Hacia la década del sesenta, los movimientos feministas y de *gays* y lesbianas exigieron un grupo de reformas familiares y generalmente lograron al menos eliminar las relaciones homosexuales de las leyes criminales. Un desafío directo a la medicina y la psiquiatría obligó también la retirada del paradigma de la enfermedad; las comunidades de *gays* y lesbianas comenzaron a ganar un espacio social para sí, rechazando la dominación de iglesias, Estados y profesiones que habían intentado aniquilarlas. Gran parte de esta movilización se había desarrollado rápidamente durante regímenes neoliberales, caracterizados por la reforma social del *welfare state* y la restricción de los mandatos estatales.

Empero, al mismo tiempo, muchos años de las décadas del ochenta y noventa transcurrieron con la preocupación de la epidemia del SIDA, identificada primero en hombres *gays* de Los Angeles, con un precio devastador para una generación de ellos en todo el mundo. Sólo tras dos décadas comenzó el conocimiento público del SIDA a incluir la comprensión de que la epidemia que había azotado a las comunidades *gays* no era más que una parte de una epidemia mundial que impactó a naciones enteras y, sin duda, a los heterosexuales tanto como a las comunidades *gays*, si no más que a éstas. La identificación del SIDA con los hombres *gays* en la mente pública en las primeras décadas de la epidemia tuvo varias consecuencias contradictorias para la construcción social del cuidado, la intimidad y las relaciones entre sexos iguales en las sociedades occidentales. Por una parte, envalentonó a los tradicionalistas, que tomaron el SIDA como evidencia de la inmoralidad de los *gays* y realzaron más las definiciones obsesivamente sexualizadas de las relaciones entre sexos iguales. Estos discursos de la derecha alimentaron la retórica de los «valores familiares» en los gobiernos neoliberales de la Inglaterra de la Thatcher y los Estados Unidos de Reagan, y resultaron útiles a los ideólogos, que promovieron un programa que liberaba al *welfare state* de sus responsabilidades para recargarlas «de nuevo» en las familias. Incluida en el programa de



los «valores familiares» se encontraba además otra ola de penas legislativas destinadas a impedir la total participación de lesbianas y *gays* en la sociedad civil (Smith, 1994; Adam, 1995; Herman, 1997). Mientras que en la actualidad existen señales de un «deshielo» en la doctrina de los «valores de la familia» en el Reino Unido, esta formación reaccionaria continúa influyendo en los Estados Unidos (con excepción de un grupo de legislaturas estatales) (Adam, 2003a).

Por otra parte, el SIDA generó discursos alternativos de las relaciones *gays* a lo largo del periodo de mayor tiempo en que había tratado de quebrantar el juicio convencional mal informado que circulaba en las sociedades occidentales y que las autoridades tradicionales habían propagado. Cuando las vidas de lesbianas y hombres *gays* están reducidas a una «sexualidad», y la sexualidad se define como un campo «privado» sin lugar en el dominio público, entonces el confinamiento de la (homo)sexualidad en la esfera «privada» ocasiona una serie de implicaciones sociales que imponen incapacidades especiales en los *gays* y las lesbianas. La dificultad con la categoría «privada» es la inequidad en el lenguaje aplicado a la heterosexualidad y la homosexualidad. Mientras que la heterosexualidad se distingue con rapidez a partir de sus manifestaciones públicas «no sexuales», con el romance, el noviazgo, el matrimonio y la familia —documentados y alabados en las artes e institucionalizados en el sistema legal—, a menudo a la homosexualidad no se le concede la misma amplitud. Al noviazgo, romance, asociación, construcción de un hogar, apoyo mutuo y comunicación entre sexos iguales no siempre se les concede la misma manifestación pública a través de las artes, sino que, al contrario, a menudo se les somete a la «compresión» lingüística de la categoría «sexualidad» y, por ende, se les relega a lo privado.

Las primeras respuestas desde dentro de esta comunidad a la epidemia a principios y a mediados de la década del ochenta, surgieron de los hombres *gays* y lesbianas que apoyaban a sus amigos y amantes en una época en que el Gobierno, la Iglesia y los servicios públicos de salud negaban apoyo o actuaban punitivamente contra las comunidades *gays* (Adam, 1992). Con el tiempo las movilizaciones de estas comunidades con cuidados y apoyo, con sus programas a favor de los «compañeros» y las campañas de prevención

del VIH, han ayudado a hacer visibles las diversas formas en que los hombres pueden en realidad educar y cuidar a otros hombres. La abundante cantidad de investigaciones dedicadas al SIDA y al apoyo social muestra el gran papel que desempeñan amantes y amigos en las vidas de los hombres *gays* con VIH positivo junto con (o en lugar de) las familias biológicas originales (Hays, Chauncey y Tobey, 1990; McCann y Wadsworth, 1992; Britton, Zarski y Hobfoll, 1993; Kimberly y Serovich, 1999). El SIDA hizo que las vidas domésticas y sexuales de los hombres *gays* pasaran bruscamente a dominio público y, por ende, a reconocimiento público, por lo que creó nuevas oportunidades para su representación en las artes y en los medios masivos públicos. Quizás sea una ironía de la epidemia del SIDA que una cultura de hombres que brindan cariño a otros hombres haya pasado cada vez más a la vista pública, aumentando la imagen tradicionalmente supersexual de los hombres *gays* (Adam, 1992).

## EL RECONOCIMIENTO DE LAS RELACIONES ENTRE SEXOS IGUALES

Tras la enérgica crítica del género planteada por el movimiento feminista, las relaciones entre sexos iguales ya no parecieron tan «diferentes» a fines del siglo xx. Resulta digno de notarse que Giddens (1992: 58) presente las relaciones lésbicas como ejemplo de «relaciones puras», que constituyen la nueva onda del periodo contemporáneo. Una «relación pura» es una «relación social [...] a la cual se pertenece por el propio bien, por lo que cada persona pueda obtener procedente de una asociación sostenida con otra, y que sólo se mantiene mientras que ambas partes piensen que proporciona satisfacciones suficientes para la permanencia de cada individuo». Y las lesbianas, que presumiblemente se han liberado del despojo tradicional del género, construyen relaciones voluntarias, igualitarias y emocionalmente ricas sin la presión del patriarcado. (Como Giddens emplea un tropo feminista que muestra a los hombres como el género emocionalmente lisiado, los hombres *gays* no «encajan» de la misma forma y no tienen la prominencia disfrutada por las lesbianas en el texto de Giddens.) En una época en que las tipificaciones de las familias heterosexuales a menudo siguen siendo consideradas en los discursos como «decadentes», las

relaciones entre sexos iguales parecen, por contraste, especialmente vitales hoy en día, ya que reclaman y reafirman los valores de cariño e intimidad en medio del individualismo competitivo del capitalismo avanzado. No sólo el discurso intelectual, sino también la cultura popular parece querer echar una nueva mirada a las relaciones de los *gays* y las lesbianas: una rehabilitación de las conexiones recientemente vilipendiadas a la luz de los peligros y la desilusión que sufren los convencionales guiones heterosexuales y románticos (Simpson, 1999; Roseneil, 2000a).

Aunque las verdaderas relaciones de *gays* y lesbianas no tienen probabilidad de poder estar a la altura de una nueva idealización —no más de lo que pudieran haber estado, ni tan inmorales como antes se sostenía que eran—, brindan una gama de construcciones que no encajan de manera apropiada en categorías convencionales, por lo que no son imágenes exactas ni formas simplemente paralelas de sus contrapartes heterosexuales (Weeks, Heathy y Donovan, 2001). Un naciente interés intelectual en las formas de parentesco de los indígenas por parte de las comunidades de LGBT revela una evaluación de las redes de amistad en las que la pareja no se diferencia tan marcadamente de otras formas de conexión íntima, ya sean amigos, amantes, hermanas, compañeros, «ligues», relaciones entre tres y otras que exceden la terminología convencional en idioma inglés (Weston, 1991; Nardi, 1999; Roseneil, 2000b). Y aunque, en realidad, las relaciones primarias en pareja se encuentran difundidas entre lesbianas y hombres *gays*, a menudo «arruinan» las ideas convencionales que rodean estas relaciones al negarse a seguir la línea monogámica, mostrando confianza y permeabilidad al mismo tiempo (Blumstein y Schwartz, 1983; Blasband y Peplau, 1985; Kurdek y Schmitt, 1988; Bech, 1997).

En este contexto sociohistórico, las sociedades industriales avanzadas (y cada vez más en Europa oriental, África del Sur y algunos países de América Latina) han llevado a cabo un proceso de incorporación —o de rechazo reaccionario— de las relaciones entre sexos iguales en las leyes y la política social. Mientras que «familia» es un término invocado repetidamente como instrumento reaccionario para negar la participación de *gays* y lesbianas

en la sociedad civil (Calhoun, 2000), también es una categoría con carga moral mediante la cual muchos *gays* y lesbianas están comprendiendo sus propias relaciones. Al mismo tiempo que los tradicionalistas se oponen generalmente a las relaciones entre sexos iguales como transgresión de la «sagrada familia», quizás existan dos fuerzas que presionan fuertemente por el reconocimiento legal. Aunque las comunidades de LGBT apenas se encuentran unidas al respecto, porque a menudo temen la asimilación en los rígidos modelos de la familia heterosexual regulados por el Estado, existe asimismo una fuerte voluntad de reclamar los beneficios legales y las responsabilidades que acompañan al matrimonio, desde la toma de decisiones médicas hasta el sustento de los niños y la herencia. Gran parte del ímpetu actual por el reconocimiento de estas relaciones procede de mujeres y hombres inquietos por la negación a sus hijos del sostén y de otros derechos sociales que se dan por sentado en familias con padres y madres heterosexuales, y que se han preocupado por proporcionar cuidados médicos a sus parejas amenazadas por el SIDA y otras enfermedades debilitantes, de la misma forma que lo hacen los heterosexuales por sus cónyuges incapacitados por una enfermedad. Sin embargo, también existe una fuerza exterior a las comunidades de LGBT en la convergencia de los intereses corporativos y estatales neoliberales, que hallan que el reconocimiento de las relaciones entre sexos iguales tiene muchísimo sentido. En un momento en que se cercenan las responsabilidades sociales del *welfare state*, las lesbianas y los hombres *gays* se ofrecen voluntariamente a responsabilizarse desde un punto de vista económico con el cuidado de hombres y mujeres (sin nexos de parentesco con ellos) y sus hijos. En Holanda desde hace tiempo es evidente el interés estatal por enrolar a lesbianas y hombres *gays*, junto con los objetivos más acostumbrados de los padres divorciados, para asumir los gastos del sostén familiar. Cuando el Gobierno canadiense reconoció las relaciones entre sexos iguales en 2000, su departamento de impuestos se apresuró a anunciar que todas las parejas formadas por sexos iguales *tenían* ahora que oficializarse por propósitos fiscales o enfrentar cargos criminales, a pesar de que el reconocimiento, a diferencia del matrimonio, ocurre de forma automática e involuntaria tras

un año de cohabitación. Gran parte del reconocimiento legal que ha estado ocurriendo en la Unión Europea, Canadá y Australia (aunque sólo esporádicamente en los Estados Unidos [Adam, 2003a]), se ha realizado mediante la asimilación de la condición de la «*common law*»<sup>2</sup> sin una política clara o coherente sobre las necesidades o diferencias particulares de las relaciones entre sexos iguales. El reconocimiento de las relaciones de *gays* y lesbianas se ha producido como una concesión o excepción hecha a una minoría y no como una integración a una estrategia estatal general para el sostén de las familias *tal como existan*. Como resultado, varias jurisdicciones han recolectado grupos inconsistentes de derechos y responsabilidades asociados al matrimonio mientras retienen otros elementos legales. A partir de 2003 sólo Holanda y Bélgica han permitido la condición de matrimonio a las relaciones entre sexos iguales. Los estados escandinavos, Francia, Canadá, Alemania y Hungría poseen versiones de la *common law*, el *pacte civil de solidarité* o el matrimonio civil, que divergen del matrimonio en una o más excepciones relacionadas habitualmente con la herencia, la adopción, la separación o la obligación de mantener a una pareja anterior. Un reconocimiento limitado o parcial de la relación, que permite sólo un reconocimiento simbólico (o uno o pocos elementos legales del matrimonio), ha aparecido en Australia, Austria, Brasil, Colombia, la República Checa, Nueva Zelanda, Portugal, África del Sur, España, Suiza, Reino Unido y los estados norteamericanos de Vermont y Hawaii.

En la sección final me gustaría indicar algunos temas familiares que se mantienen, por lo que es posible que sean cada vez más importantes en la agenda pública.

### **LUCHAS INMINENTES EN LAS POLÍTICAS FAMILIARES**

En décadas recientes ha habido un amplio surgimiento de la crianza de niños por parte de lesbianas (Arnup, 1995; Nelson, 1996), casi siempre a despecho de las estructuras estatales y privadas creadas para mantener la fertilidad en las parejas heterosexuales. Existe por lo menos un ejemplo de organización comunitaria diseñada para elevar al máximo las oportunidades de fertilidad tanto para lesbianas como para

hombres *gays* (Rainbow Flag Health Services, 2002), aunque en general se presentan barreras casi insuperables contra la crianza de niños por parte de hombres *gays*. Los actuales debates sobre las nuevas tecnologías reproductivas parecen normalmente tener como meta intentos casi reflejos de supresión de los padres sustitutos, la clonación y la experimentación genética, con lo que se impide el desarrollo de la infraestructura tecnológica para la crianza de niños biológica por sexos iguales. Aunque las comunidades de LGBT no han tratado de asumir estos temas como colectividades —ya que están preocupadas con las luchas por derechos humanos básicos y el reconocimiento de las relaciones—, algunos individuos toman la iniciativa en el tratamiento de éstos. La crianza de niños es otra posible frontera de la política familiar. La esfera pública sigue ocupada por discursos reaccionarios ideados para garantizar un régimen exclusivamente heterosexual respecto al desarrollo de los niños. En la custodia y la adopción de niños, se exige repetidamente —y los científicos sociales apoyan amablemente con la evidencia necesaria— que los padres *gays* y las madres lesbianas proclamen que sus hijos u otros niños no serán homosexuales cuando crezcan (Stacey y Biblarz, 2001). Los muchos millones de niños y niñas que serán *gays*, lesbianas, bisexuales o transgénicos cuando sean adultos, seguirán siendo afectados por instituciones públicas creadas explícitamente para negar, suprimir o ignorar sus experiencias. Las escuelas se mantienen como instituciones de terror heterosexista ejercido activa y pasivamente por el personal, los padres y los alumnos mediante acoso verbal, intimidación y violencia física (Human Rights Watch, 2001). Niños, niñas y jóvenes homosexuales y protohomosexuales siguen siendo maltratados con impunidad por familias e instituciones públicas que asumen el derecho exclusivo de formarlos dentro de un género y unas categorías sexuales convencionales (Sedgwick, 1993; Calhoun, 2000).

Los debates actuales sobre el reconocimiento de las relaciones no finalizarán con una condición legal provisional o incluso con el matrimonio legal. A pesar de las ansiedades que sufren miembros de la *intelligentsia* LGBT, ya que el reconocimiento de las relaciones significará una total asimilación de éstas por la hegemonía heterosexista de la cual tratan de huir, la mayor legalización y visibilidad de las



relaciones continuará planteando retos a las simplistas y rígidas categorías oficiales. No es probable que los LGBT releguen simplemente la diversidad y la innovación de sus formas de relación al mundo imperfecto de «desviación», «inmoralidad», «infidelidad» o «promiscuidad» que el régimen patriarcal tradicional ha empleado para condenar la gama de relaciones heterosexuales no conformistas, sino que celebrarán la excentricidad de la adherencia humana.

La institucionalización legal de la pareja enfrenta dos limitaciones. Por una parte, están los diversos acuerdos en los que se involucran lesbianas y hombres *gays* al iniciar un proceso para la crianza de un niño y en los que a veces se incluyen a dos mujeres y un hombre, a dos hombres y una mujer o dos parejas de sexos iguales, quienes tratan de criar juntos al niño. Las estructuras legales actuales eliminan inevitablemente a una tercera o cuarta parte involucrada en el proceso, por lo que se fabrica otra pared más que tendrán que escalar las familias formadas por *gays* y lesbianas. Por otra parte, se encuentran las prácticas y realidades de un *continuum* de relaciones primarias y secundarias en las que las primeras no están separadas de las últimas por las exigencias de la monogamia.

Existe desde hace tiempo una discusión crítica entre las lesbianas que llama a la exploración de los amores múltiples y la negación de la poligamia. En un estudio de sesenta parejas masculinas en la zona central de Canadá encontramos que la monogamia —como un principio firmemente mantenido para organizar relaciones— parece que es más común entre hombres en las primeras etapas del desarrollo de una relación, entre hombres jóvenes que aluden a modelos heteronormativos y entre hombres que pasaron sus años de formación en culturas sin (o con limitados) mundos *gays* autónomos (ver Adam, 2003b). A menudo la monogamia aparece en el lenguaje de los participantes en este estudio como un logro y no como una pretensión, y como un punto de referencia provisional sometido a reexamen; muchas veces se contraponen a una activa consideración de alternativas en las narrativas de los hombres con relaciones. Incluso más habitual que la monogamia entre las parejas en nuestro estudio (y coherente

con otras investigaciones acerca de las parejas formadas por *gays*) fue cierta versión de una relación «abierta». Muchas parejas habían experimentado (o mantenían) relaciones entre tres, por lo general estructurada en la forma de una pareja primaria con amantes adicionales transitorios. Los hombres de este estudio no querían renunciar a la promesa de un amor romántico, por lo que muchos expresaban apasionados votos por los otros hombres en sus vidas. Empero, en un ambiente formado sólo por hombres mostraban también lealtad a discursos particularmente masculinos de autonomía y aventurerismo, que destacaba el derecho a la autodeterminación sexual y la atracción por una sensación de afirmación y placer experimentada con otros hombres. Esta evidencia apunta hacia un sentido menos privatizado y más comunal de la conexión sexual que el modelo nuclear de la familia. Relacionado con lo anterior se halla la importancia de las redes de amistad para lesbianas y hombres *gays*. Las normas y los valores de la amistad inspiran las relaciones de pareja quizás más que los ideales del matrimonio, por lo que los individuos y las parejas se integran a una familia más grande de amigos, muchos de los cuales proceden de anteriores relaciones sexuales (Weeks, Heathy y Donovan, 2001).

Por último, resulta evidente que existen muchísimos temas que atañen a las familias formadas por *gays* y lesbianas y que son comunes a todos; sin embargo, a menudo estas familias se ven omitidas o excluidas de servicios estatales y sociales previstos para abordar cuestiones como la pobreza entre los ancianos, el alojamiento para retirados, el abuso doméstico o la ruptura familiar. Una generación de hombres *gays* que deseaban envejecer en medio de una comunidad que los apoyara, han encontrado que las redes de sostén personal fueron devastadas por la epidemia del SIDA (Murray y Adam, 2001). En general se les deja que enfrenten solos las dificultades en esta época.

Las organizaciones de servicios relacionados con el SIDA, que han aparecido en muchas naciones en los últimos veinte años, pueden convertirse con el tiempo en una plataforma para un movimiento por la salud y un sistema de servicios más generales para LGBT. En Canadá se ha

dado un paso hacia una visión alternativa y más amplia con el documento *Valuing Gay Men's Lives* (Evaluando las vidas de los hombres *gays*) (National Reference Group, 2001). Grupos comunitarios han tenido algún éxito en la adquisición de fondos para investigaciones, independientes de los fondos dedicados exclusivamente a las proposiciones ortodoxas de investigaciones que corresponden al modelo médico. En el Reino Unido se ha formado la Gay Men's Health Network (Red de Salud para Hombres *Gays*) (Alessio *et al.*, 2001) con el fin de articular un programa más amplio que el de la prevención tradicional contra el VIH. En los Estados Unidos la salud de los hombres *gays* ha sido el tema fundamental de un conjunto de conferencias celebradas anualmente en Colorado. Desde tratar el SIDA como un tema individual, y en camino hacia el reconocimiento de que la transmisión del VIH no puede comprenderse con efectividad separada de un contexto más amplio relacionado con las vidas de los hombres *gays*, este movimiento tiene mucho que aprender de los proyectos de salud para afroamericanos y mujeres, que han tratado de considerar el SIDA como un elemento dentro de una combinación mayor de fuerzas sociales. Este movimiento retoma también las primeras iniciativas realizadas en las comunidades de LGBT antes de la aparición del SIDA (Rofes y Hollings, 2000).

### CONCLUSIÓN

Con la llegada del siglo XXI, muchos de los ciudadanos de las sociedades industriales avanzadas (y en realidad también en muchas sociedades en desarrollo) muestran su desacuerdo participando en relaciones personales e íntimas que no corresponden con formas legalmente institucionalizadas y culturalmente materializadas recibidas del pasado. Buena parte de este fermento cultural es refrenada por discursos públicos empobrecidos sobre la declinación de la familia en textos gubernamentales, mediáticos, profesionales y, por supuesto, de las ciencias sociales. Tan fuerte es esta retórica familiar que los LGBT sólo comienzan a representar sus innatas formas culturales por medio de estrategias ambivalentes que demandan su inclusión en el lenguaje de la familia y el matri-

monio, y al mismo tiempo avanzan hacia un nuevo lenguaje que se escapa de la carga inerte de la ortodoxia de los valores familiares. El reconocimiento de las relaciones entre sexos iguales, e incluso de los derechos al matrimonio, es un paso importante hacia una total participación en la sociedad civil. El hecho de que el régimen dominante de la ideología familiar asigne las esferas del romance, el noviazgo, el matrimonio y la familia a la heterosexualidad, mientras que relega las alternativas a lo «solamente» sexual, ha formado parte desde hace tiempo de la construcción (y la opresión) particularmente occidental de las tradiciones de los LGBT. Sin embargo, estos primeros pasos hacia el reconocimiento legal son sólo un comienzo.

### APÉNDICE

#### Representaciones en las ciencias sociales

Gran parte de la invisibilidad de las relaciones entre sexos iguales en los estudios de la familia procede de la activa desaparición de su existencia realizada por la demografía y los censos estatales. Hasta fecha reciente los censos han dejado sistemáticamente fuera (o eliminado) de sus cifras los hogares formados por parejas de sexos iguales. Éstas, que han tratado de desafiar la imposición de categorías oficiales, han encontrado que sus respuestas al censo han sido codificadas como «error» o heterosexualizadas en la entrada de los datos. Por supuesto, se trata apenas de la primera vez que la ostensible «objetividad» de la ciencia cuantitativa convierte la aplicación de una hegemonía ideológica en farsa científica.

En el censo de 2000 se permitió en los Estados Unidos que sus ciudadanos informaran las relaciones entre sexos iguales, por lo que un millón doscientos mil norteamericanos declararon que pertenecían a parejas formadas por sexos iguales. Se reportaron parejas de este tipo en 97,5 % de los 67 388 folletos del censo en los Estados Unidos (Guerra, 2002). Ello resulta especialmente notable si se tiene en cuenta que, en el momento del censo de 2000, los hombres *gays* estaban aún penalizados por las leyes estatales en una tercera parte de los Estados Unidos. En el censo de 2001 en Canadá se compilaron estos datos por primera vez y se halló que 0,5 % de las parejas estaba formada por sexos iguales (Statistics Canada, 2002).

La adopción desprovista de espíritu crítico de los discursos regulados estatalmente ha generado categorías poco originales de las ciencias sociales que pretenden que los hogares formados por gays y lesbianas son insignificantes o inexistentes. De tal modo, la demografía se permite, por ejemplo, hablar del misterioso ascenso de la «materni-

dad soltera» sin reconocer el *baby boom* lésbico que ocurre actualmente en muchos países. La «maternidad soltera» es otro descubrimiento temático más, generado por el discurso de la declinación de la familia, que disfraza el reconocimiento de una innovación básica en la formación de la familia y el hogar.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Un Estado que mediante legislación se interesa directamente en la salud pública y proporciona un seguro contra enfermedades y el desempleo, y otras medidas que buscan la seguridad social; por tanto, asume una parte importante de responsabilidad por el individuo y el bienestar social de sus ciudadanos. (N. del T.)

<sup>2</sup> Conjunto de reglas de derecho que constituyen la base del sistema jurídico de los países de habla inglesa. Al contrario de los sistemas procedentes del Derecho Romano, que se apoya en la ley tal como está fijada en los códigos, estas reglas, no escritas, son establecidas por la jurisprudencia. (N. del T.)

### ===== BIBLIOGRAFÍA =====

ADAM, BARRY D. (1985). «Age, Structure and Sexuality». *Journal of Homosexuality*, vol. 11, no. 3-4, p. 19.

— (1992). «Sex and Caring among Men». En Kenneth Plummer (ed.): *Modern Homosexualities*. Routledge, London, pp. 175-183.

— (1995). *The Rise of a Gay and Lesbian Movement*. Twayne, New York.

— (2003a). «The Defense of Marriage Act and American Exceptionalism». *Journal of the History of Sexuality*, vol. 12, no. 2.

— (2003b). «Relationship Innovation in Male Couples». Conferencia presentada en la American Sociological Association, Atlanta.

ALESSIO, GARY et al. (2001). «The Neglect of Policy and Social Determinants». Conferencia presentada en AIDS Impact, Brighton.

AMADIUME, IFI (1980). *Male Daughters, Female Husbands*. DEC, Toronto.

ANDERSON, PATRICK y ALISTAIR SUTHERLAND (1963). *Eros*. Citadel Press, New York.

ARNUP, KATHERINE (1995). *Lesbian Parenting*. Gynergy, Charlottetown, Prince Edward Island.

BECH, HENNING (1997). *When Men Meet*. University of Chicago Press, Chicago.

BÉRUBÉ, ALLAN (1990). *Coming Out Under Fire*. Free Press, New York.

BLASBAND, DAVID y LETITIA PEPLAU (1985) «Sexual Exclusivity versus Openness in Gay Couples». *Archives of Sexual Behavior*, vol. 14, no. 5, pp. 395-412.

BLUMSTEIN, PHILIP y PEPPER SCHWARTZ (1983). *American Couples*. Morrow, New York.

BOSWELL, JOHN (1994). *Same-Sex Unions in Premodern Europe*. Villard, New York.

BRAY, ALAN (1982). «Homosexuality and the Signs of Male Friendship in Elizabethan England». *History Workshop*, vol. 29, pp. 1-19.

BRITTON, P. J., J. J. ZARSKI y S. E. HOBFOLL (1993). «Psychological Distress and the Role of Significant Others in a Population

of Gay/Bisexual Men in the Era of HIV». *AIDS Care*, vol. 5, no. 1, pp. 43-54.

CALHOUN, CHESHIRE (2000). *Feminism, the Family, and the Politics of the Closet*. Oxford University Press, New York.

CARPENTER, EDWARD (1982). *Ioläus*. Pagan Press, New York.

DOVER, K. J. (1978). *Greek Homosexuality*. Vintage, New York.

FADERMAN, LILLIAN (1981). *Surpassing the Love of Men*. Morrow, New York.

FOUCAULT, MICHEL (1978). *The History of Sexuality*. Pantheon, New York.

GIDDENS, ANTHONY (1992). *The Transformation of Intimacy*. Stanford University Press, Stanford, California.

GREENBERG, DAVID (1988). *The Construction of Homosexuality*. University of Chicago Press, Chicago.

GUERRA, EMILIO (2002). «2000 Census Information of Gay and Lesbian Couples». Folletos sobre el censo en: [www.gaydemographics.org/USA/2000Census\\_Gay\\_tracts.htm](http://www.gaydemographics.org/USA/2000Census_Gay_tracts.htm) (consultado: 22 de octubre, 2002).

HAHN, PIERRE (1979). *Nos ancêtres les pervers*. Olivier Orban, Paris.

HALPERIN, DAVID (1990). *One Hundred Years of Homosexuality*. Routledge, New York.

HAYS, ROBERT, SARAH CHAUNCEY y LINDA TOBEY (1990). «The Social Support Networks of Gay Men with AIDS». *Journal of Community Psychology*, vol. 18, pp. 374-385.

HERDT, GILBERT (1984). *Ritualized Homosexuality in Melanesia*. University of California Press, Berkeley.

HERMAN, DIDI (1997). *The Antigay Agenda*. University of Chicago Press, Chicago.

Human Rights Watch (2001). *Hatred in the Hallways*. Human Rights Watch Washington, D.C..

JACOBS, SUE ELLEN, WESLEY THOMAS y SABINE LANG (1997). *Two-Spirit People*. University of Illinois Press, Urbana.

KIMBERLY, JUDY y JULIANNE SEROVICH (1999). «The Role of Family and Friend Social Support in Reducing Risk Behaviors among HIV-Positive Gay Men». *AIDS Education and Prevention*, vol. 11, no. 6, pp. 465-475.



- KURDEK, LAWRENCE y J. PATRICK SCHMITT (1988). «Relationship Quality of Gay Men in Closed or Open Relationships». En John de Cecco (ed.): *Gay Relationships*. Haworth, New York.
- LANG, SABINE (1998). *Men as Women, Women as Men*. University of Texas Press, Austin.
- MCCANN, K. y E. WADSWORTH (1992). «The Role of Informed Carers in Supporting Gay Men Who Have HIV Related Illness». *AIDS Care*, vol. 4, no. 1, pp. 25-34.
- MURRAY, JACQUELINE (1996). «Twice Marginal and Twice Invisible». En Vern Bullough and James Brundage (eds.): *Handbook of Medieval Sexuality*. Garland, New York; pp. 191-222.
- MURRAY, JAMES y Barry D. ADAM (2001). «Aging, Sexuality, and HIV Issues among Older Gay Men». *Canadian Journal of Human Sexuality*, vol. 10, no. 3-4, pp. 75-90.
- MURRAY, STEPHEN (2000) *Homosexualities*. University of Chicago Press, Chicago.
- NARDI, PETER (1999). *Gay Men's Friendships*. University of Chicago Press, Chicago.
- National Reference Group (2001). *Valuing Gay Men's Lives: Reinventing HIV Prevention in the Context of Our Health and Wellness*, Health Canada. Gay and Lesbian Health Services, Saskatoon. En: [www.gaycanada.com/glhs/ValGayMen.pdf](http://www.gaycanada.com/glhs/ValGayMen.pdf)
- NELSON, FIONA (1996). *Lesbian Motherhood*. University of Toronto Press, Toronto.
- Rainbow Flag Health Services (2002). En: [www.gayspermbank.com](http://www.gayspermbank.com) (consultado: 1o. de enero, 2002).
- REY, MICHEL (1982). «Police et sodomie à Paris au XVIII<sup>e</sup> siècle». *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, vol. 29, p. 116.
- ROFES, ERIC y CRISPIN HOLLINGS (2000). «Beyond VD and HIV». Conferencia presentada en la American Sociological Association, Washington, DC.
- ROSENEIL, SASHA (2000a). «Towards an Understanding of Postmodern Transformations of Sexuality and Cathexis». ESRC Research Group on Care, Values and the Future of Welfare, Workshop Paper no. 8. En: [www.leeds.ac.uk/cava/research/strand1/paper8Sasha.htm](http://www.leeds.ac.uk/cava/research/strand1/paper8Sasha.htm) (consultado: 30 de diciembre, 2001).
- (2000b). «Why We Should Care about Friends». ESRC Research Group on Care, Values and the Future of Welfare, Workshop Paper no. 22. En: [www.leeds.ac.uk/cava/research/strand1/paper22Sasha.htm](http://www.leeds.ac.uk/cava/research/strand1/paper22Sasha.htm) (consultado: 30 de diciembre, 2001).
- RUPP, LEILA (1999). *A Desired Past*. University of Chicago Press, Chicago.
- SEDGWICK, EVE (1993). «How to Bring Your Kids Up Gay». En Michael Warner (ed.): *Fear of a Queer Planet*. University of Minnesota Press, Minneapolis; pp. 69-81.
- SIMPSON, MARK (1999). *It's a Queer World*. Haworth, Binghamton, New York.
- SMITH, ANNA MARIE (1994). *New Right Discourse on Race and Sexuality*. Cambridge University Press, New York.
- STACEY, JUDITH y TIMOTHY BIBLARZ (2001). «How Does the Sexual Orientation of Parents Matter?». *American Sociological Review*, vol. 66, pp. 159-183.
- Statistics Canada (2002). «Profile of Canadian Families and House-holds». En: [www12.statcan.ca/english/census01/Products/Analytic/companion/fam/sscma.cfm](http://www12.statcan.ca/english/census01/Products/Analytic/companion/fam/sscma.cfm) (consultado el catálogo no. 96F0030XIE2001003).
- TAYLOR, MARTIN P. (1998). *Lads*. Constable, London.
- TRUMBACH, RANDOLPH (1989). «Gender and the Homosexual Role in Modern Western Culture». En Dennis Altman et al. (eds.): *Homosexuality, Which Homosexuality?* GMP, London; pp. 149-169.
- TSUZUKI, CHUSHICHI (1980). *Edward Carpenter, 1844-1929*. Cambridge University Press, New York.
- WEEKS, JEFFREY, BRIAN HEATHY y CATHERINE DONOVAN (2001). *Same Sex Intimacies*. Routledge, London.
- WESTON, KATH (1991). *Families We Choose*. Columbia University Press, New York.
- WICKES, GEORGE (1976). *The Amazon of Letters*. Putnam's, New York.

Traducción del inglés de Rubén Casado.

